

Entrevista a José Antonio Marina

Padres y Maestros

Padres y Maestros: Parece que la sociedad occidental ha hecho una clara separación entre lo inteligente y lo afectivo. ¿Qué hemos perdido con esta disección?

José Antonio Marina: La sociedad occidental ha considerado que la función principal de la inteligencia era conocer, y que la ciencia era su culminación. Con esto se dejaba fuera de la inteligencia el mundo de los sentimientos. El resultado es que hemos aumentado nuestra capacidad de resolver problemas científicos, técnicos y económicos, y no hemos progresado en nuestra capacidad para resolver problemas afectivos. Aumenta la violencia, aumentan las rupturas familiares, aumenta la depresión. Necesitamos por ello cambiar nuestra idea de inteligencia, incluir los sentimientos en ella. Imagínese que en vez de decidir que el gran valor de la inteligencia es el saber, hubiéramos dicho que es la justicia. Entonces hubiéramos organizado todo nuestro sistema educativo para fomentarla, la hubiéramos prestigiado y premiado socialmente. Cómo hubiera sido el mundo resultante, ¿mejor o peor que el actual? En este momento está de moda en Estados Unidos lo que se llama "Positive Psychology", psicología positiva. Intenta estudiar las facultades humanas que mejoran las capacidades del individuo, su salud y sus posibilidades de ser feliz. Al final, lo que descubren desde una actitud empirista y experimental es que es necesario fomentar las virtudes. Acaban de descubrir el Mediterráneo, lo cual no deja de ser una buena noticia, porque los demás habíamos olvidado que existía. Yo he dedicado mi vida al estudio de la inteligencia, y, como científico, estoy seguro de que la mayor creación de la inteligencia no es la ciencia, ni el arte, ni la técnica, sino la bondad. Mis colegas se escandalizan cuando me oyen decir esto, pero creo que se equivocan.

“El analfabetismo emocional provoca graves contratiempos”.



entrevista

PyM: ¿Qué entiende usted por "Educar para el amor"?

En estos momentos parece que son fundamentalmente tres los agentes sociales encargados de esta educación: la familia, la escuela, los medios de comunicación... Nos gustaría que analizase cada uno de ellos.

J.A.M.: En esto mis ideas van en contra de lo acostumbrado. Lo que voy a decirle se funda en lo que he expuesto en dos libros: *El laberinto sentimental* y *Diccionario de los sentimientos*. Hay dos tipos de amor. Voy a llamarles "amor egoísta" y "amor altruista". Siento un amor egoísta hacia todo lo que deseo. Por eso podemos hablar de amor al dinero, a la fama, o a una persona. El "amor altruista" es otra cosa. Es un deseo rarísimo y maravilloso. Quiero la felicidad de otra persona. Es decir, soy feliz si otra persona es feliz, lo que es el colmo de la contradicción. Le voy a contar un secreto. Creo que este tipo de amor apareció en el universo con la larguísima maternidad humana. Por eso me parece que es un tema muy adecuado para esta revista. La madre -y, por ampliación, los padres- quiere la felicidad de su hijo. Su felicidad consiste en que su hijo sea feliz, sano y sonriente. Me gustaría que nuestros lectores se detuvieran un momento en este punto. ¿Por qué quieren a sus hijos? ¿Cómo los quieren? Seguro que no lo saben. No depende de que sean guapos, ni siquiera de que sean buenos. Hay algo en ese amor que está por encima de los comportamientos. Es mi niño que se ha vuelto grande, y, tal vez, desastroso. Hay un amor incondicional, no merecido, irracional, misterioso. Durante un cierto periodo, este sentimiento lo tienen también los animales. Se ha comprobado que una madre soporta todo tipo de penalidades por su cría, mientras es cría. Es decir, mientras no puede valerse.

Lo que ha hecho la especie humana, y creo que por insistencia



«Los modelos de pareja tradicionales han caído en crisis y no hemos sido capaces de inventar otros nuevos».

femenina, es ampliar este misterioso tipo de relación materno-filial, a otras relaciones. Por ejemplo a las relaciones de pareja. Esto ha hecho que la sexualidad se sentimentalizara. Aparece una relación, vuelvo a decir, contradictoria: buscando mi felicidad me uno a otra persona, y, al final, resulta que la felicidad de esa otra persona resulta indispensable para mi felicidad.

PyM: ¿Cómo educa para el amor y cómo debería educar la escuela?

J.A.M.: Hay una educación para cualquier tipo de amor -conyugal, paternal, filial, amistoso, etc.- que consiste en evitar los grandes obstáculos. Fundamentalmente, el miedo, la falta de empatía, el egocentrismo, la pereza afectiva y la agresividad. Una persona que padezca estos estilos afectivos es prácticamente incapaz de que-

rer. Ahora sabemos que, en parte, estos estilos se aprenden y por ello tanto la escuela como la familia juegan un papel muy importante.

Hay otra educación más especial que se refiere a la relación amorosa. Comienza a ser preocupante el número de parejas que fracasan. La estabilidad de la familia se fundó durante siglos en una situación de asimetría. Era la mujer la que cargaba con gran parte del esfuerzo, entre otras cosas porque dada su dependencia económica el matrimonio era uno de los caminos para sobrevivir. Cuando la mujer se ha independizado, quiere tener unas relaciones amorosas, conyugales, recíprocas, simétricas. Y esto supone un cambio tan radical que no lo estamos sabiendo hacer. Los modelos de pareja tradicionales han caído en crisis y no hemos sido capaces de inventar otros nuevos. Vivimos una época de bricolaje sentimental, donde cada cual se lo arregla a su manera. Pero esta situación no es buena, produce mucha desdicha, influye perniciosamente en millones de niños, y espero de la inteligencia humana que acabe descubriendo un modo de relaciones amorosas estables y felices.

PyM: ¿Qué hace y qué debería hacer la familia?

J.A.M.: La familia debería enseñar hábitos de cariño, de atención, de comunicación y de respeto. Unas lo hacen y otras no.

PyM: ¿Qué tipo de mensajes están transmitiendo los medios de comunicación?

J.A.M.: Los medios de comunicación falsean radicalmente las relaciones amorosas. Presentan por una parte una especie de obsesión sexual, que no se corresponde con la realidad. Por otra, trivializan el impacto de los fracasos. No es verdad que el cambio continuo de parejas sea una experiencia juguetona y deliciosa. La experiencia

«Inteligencia emocional es reconocer las propias emociones, saber controlarlas, entender las emociones de los demás, y saber relacionarse con ellas».

nos dice que sólo son eso cuando se trata de unos roces epidérmicos muy superficiales. Por último, están sufriendo un encanallamiento de la expresión, un endurecimiento de los modos de relacionarse, que es prácticamente incompatible con la convivencia. Una pareja, para soportarse, necesita en un nivel muy elemental pero muy necesario, buena educación.

PyM: ¿Hasta que punto cree que es importante para una persona su vida afectiva, su cultura sentimental?

J.A.M.: Muy importante. Lo que llamamos inteligencia emocional es algo sencillo y sensato: reconocer las propias emociones, saber controlarlas, entender las emociones de los demás, y saber relacionarse con ellas.

PyM: ¿Se educa en este plano igualmente a hombres y mujeres?

J.A.M.: No. El modelo femenino occidental es muy sentimental, mientras que el masculino es energético y tosco. Esto es una tontería. Es una decisión cultural. Pero en este momento los esquemas afectivos del hombre y de la mujer son muy diferentes. Por otra parte, no creo que haya que buscar una igualdad a ultranza. La igualdad tiene que darse en los planos jurídicos, sociales y laborales, pero sería ridículo buscar una uniformidad aburrida. Las mujeres son diferentes a los hombres. No en la inteligencia, sino en

la afectividad. Su relación con la maternidad es esencial en su configuración emocional. Lo malo es cuando el modelo culturalmente transmitido es falso, insiste en diferencias estúpidas y ofensivas, y no en las diferencias como posibilidades distintas.

PyM: Sabemos que usted de alguna manera también educa para el amor a sus alumnos. ¿Cómo les enseña a distinguir sus sentimientos? Pónganos algún ejemplo.

J.A.M.: A mis alumnos adolescentes -e incluso también a los alumnos de posgrado- les suelo someter a un test de enamoramiento. Les doy una lección que a ellos les interesa mucho y a mí me divierte enormemente darla. Se titula: ¿Cómo sabe una persona que está enamorada? Este es un asunto de gran trascendencia, porque hay muchos tipos de amores, y hay que saber de qué estamos hablando. De hecho, la palabra se ha hecho tan equívoca que prohíbo a mis alumnos que la usen. Les incito a que hablen de sus sentimientos hacia otra persona sin usar esa palabra. Nos confundimos con mucha facilidad. Por ejemplo, una de las preguntas del test es: "Si alguien te dice que no puedes vivir sin otra persona, ¿puedes deducir que la quiere mucho?" Con mucha frecuencia me responden afirmativamente, cuando la respuesta correcta es la contraria. Hay muchos apegos, profundísimos pero destructivos, que no se pueden confundir con el amor. Los celos tampoco. No son manifestaciones del amor sino del deseo de dominio.

«Los celos no son manifestaciones del amor sino del deseo de dominio».

«La nueva revolución sexual debe consistir en relacionar de nuevo el sexo con la afectividad».

PyM: En su libro *El rompecabezas de la sexualidad* propone una segunda "revolución sexual". ¿Podría explicarnos en qué consistiría esta revolución?

J.A.M.: La revolución sexual de los sesentas nos liberó de una moral sexual muy contradictoria. La moral sexual de estirpe católica se había ido formando a lo largo de los siglos con materiales muy heterogéneos, de procedencia muy diversa: unos eran judíos, otros -muchos- platónicos, otros -muchos también- estoicos. No olvidemos que Jesús de Nazaret habló muy poco de moral sexual. Se unieron también un montón de supersticiones, una serie de afanes de poder machistas, y muchas ideas científicas inadecuadas. Este cóctel no difícil de tragar. Sin embargo, la liberación pensó que había que liberarse no solo de toda norma, sino de todo sentimiento. El sexo era una relación fisiológica desenfadada, lúdica, sin trascendencia (con tal de que no hubiera embarazos). Después de cuarenta años, ahora vemos claro que la nueva revolución sexual debe consistir en relacionar de nuevo el sexo con la afectividad.

PyM: Y ya para terminar ¿Qué le gustaría decir a esta sociedad que parece un poco "desorientada" en el plano afectivo, sentimental?

J.A.M.: Que su felicidad o su desdicha se juega en el dominio de la afectividad, y que, por lo tanto, le interesa mucho saber lo que sucede en ese territorio. El analfabetismo emocional provoca graves contratiempos. ■